

Tal vez haya faltado a Jorge Amado esa segunda muerte que inventó para su personaje Quincas Berro Diquín que después de pasar a mejor vida en la comodidad de su cama, sin gloria alguna, rodeado por la familia hipócrita, es arrebatado en estado de cadáver por los compañeros de juego, sale a las peligrosas calles de Salvador y, muerto, corre aventuras dignas del más vivo de los libertinos hasta que tiene la oportunidad de morir por segunda vez, ahora gloriosamente en el mar. "Cada uno debe preocuparse de su destino, no hay nada imposible", habrían sido las últimas palabras de Quincas antes de ser tragado por las ondas del mar. Como no pudo preocuparse de su propio destino, Jorge Amado tuvo en Salvador una despedida muy distante de la dimensión épica de su presencia en la cultura bahiana y en las letras brasileñas.

Faltó, por ejemplo, Fernando Henrique Cardoso.Quién sabe si por estar absorbido por su trabajo, el presidente de la República envió, para representarlo en el adiós al escritor de veinte millones de ejemplares, al ministro de Cultura, Francisco Weffort, que llegó atrasado, no dio la cara en el Palacio de la Aclamación, donde se realizó el velatorio y por poco no se perdió hasta la oportunidad de acompañar el cortejo por las avenidas del cementerio. También faltó Sonia Braga, la Gabriela de la TV y el cine, aunque insistentes rumores decían que se había hecho todo lo posible para tenerla en Salvador.

Faltaron colegas de la Academia Brasileira de Letras -su verdad que Eduardo Poncelles, José Sarney y João Ubaldo Ribeiro estuvieron presentes, pero ellos son amigos de la familia antes que compañeros de la corporación cultural-, y fue el ex diplomático Alberto Da Costa e Silva el encargado de hacer un breve discurso a nombre de la institución.

No faltó Cartão Veloso que mantuvo hasta el final el silencio pero que terminó asistiendo; pasó rápidamente por el cementerio antes de continuar en dirección a su auto. ¿Pero dónde estaría Marta Bethunha que por casualidad estaba también en Salvador de Bahía? ¿Y Mae Stella, líder de la Aneé Opó Adonjá, conjunto de candomblé del que Jorge Amado era Obá? Y especialmente ¿qué pasó con esa muchedumbre que se supuso invadiría calles y avenidas, hasta el cementerio? El carro del Cuerpo de Bomberos que condujo el cuerpo de Jo-

La única muerte de Jorge Amado

ge Amado a finales de la tarde rumbo al bello Jardim da Saudade, en el barrio de Brotas, donde fue cremado, fue escoltado por 200 hombres de la policía militar y 30 vehículos de apoyo de la guardia del tránsito de la Prefectura, pero pasó a lo largo de doce kilómetros en medio de transeúntes atónitos o indiferentes. Los que parecían darse cuenta de lo que estaba aconteciendo aplaudían, hacían señas, saludaban. Pero eran pocos. Según estimaciones no oficiales, cinco mil personas pasaron por el hermoso Palacio de la Aclamación, antigua sede del gobierno del Estado, entre las 8:30 y las 16 horas, cuando el féretro de Jorge Amado salió rumbo al cementerio. Otros hablaban de tres mil personas. En todo caso, no son cifras que hagan justicia a un autor publicado en 46 países y cuya muerte fue noticia en todo el mundo. En 1927, el cuerpo de Ludwig van Beethoven pasó ante veinte mil personas por las calles de Viena.

¿Fue cierto que murió?, preguntó con susto el chofer de taxi que condujo a un grupo de reporteros de Río de Janeiro que llegaron a cubrir el funeral. Entre las 9 de la mañana y el ocaso de 18 años estaba



JORGE Amado con la actriz Sonia Braga. La adaptación cinematográfica de "Gabriela, cloro y canela" y "Doña Flor y sus dos maridos", no asistió al funeral del gran escritor bahiano.

muerto hacía más de trece horas. En el Palacio de la Aclamación, las dos órdenes habían venido como tales que estuvieron todo el velatorio, con vestidos blancos de amplio ruedo y turbantes, decían ante el escaso público: "debe ser porque es temprano, mucha gente todavía no sabe". Era casi medio día. Matilde, una mulata tan bonita como las que el autor inventaba, era una de las pocas del velatorio con menos de 40 años que podía enorgullecerse de haber leído a Jorge Amado. "Me gustó mucho Gabriela y los Capangas de la arena, cuando era muy chica, cuando era una capitana de la arena", dijo, con una sonrisa. ¿Solo esos dos libros?, pero quién puede decir que sea poco.

Entre los grupos de estudiantes de uniforme que pasaron por el Palacio de la Aclamación era difícil encontrar alguno que hubiera leído siquiera un libro del autor que homenajeaban. "Estoy muy orgullosa de que el fuera bahiano", dijo Katia Alves, alumna del Colegio Estadual de Bahia Central, mientras sujetaba un papel con el saludo de su escuela a Jorge Amado. "Pero no tengo tiempo para leer y estoy viendo una obra suya en la teleserie". Se refería a Puerto de los Milagros, vagamente inspirado en *Mar muerto* y *El descubrimiento de América por los barcos*.

Todo transcurrió con la mayor tranquilidad, sin el "empujo-empujo", sin escenas de histeria o manifestaciones folclóricas, sin discursos exaltados, facilitando el trabajo discreto y educado de la policía militar y de los guardias regulados con pesachos rojos de la Escuela de Cadetes que circulaban por el Palacio de la Aclamación. Tal vez eso haya sido el problema: demasiada tranquilidad. Dominado por la presencia del ex senador Antonio Carlos Magalhães, que se mantuvo durante horas al lado de la vi-



da, Zilia Gattai, el velorio de Jorge Amado fue un perfecto reflejo de la primera muerte de Quincas Berro Diquín. Sin granjas, vagabundos, prostitutas, borrachos o poetas malditos hubieran pasado por allí con intención de llevar al muerto de tierra, se habrían sentido intimidados y se habrían ido en puntillas.

Solamente al final del velorio, una sola escena restó el clima "amadiano": la llegada de trece mujeres de la Hermandad de la Buena Muerte, de la vecina ciudad de Cachoeira. Todas negras -la hermandad no acepta blancos- vestidas con trajes blancos y negros, con estolas de luto forradas de rojo y portando largos bastones de madera con velas en la punta, invadieron el salón rodeándolo con sus cantos, sacudieron el atániz, espantaron líquidos misteriosos sobre el difunto, para abrirle camino para un viaje tranquilo al más allá. "La Hermandad existe hace 225 años", explicó la jefa del grupo, Carmem Moreira Nunes, de 66 años. ¿Pero qué pasa con los reves cuando el muerto, como era el caso, decía que no creía que hubiera vida después de la muerte? "No hay problema. Los reves valen lo mismo".

Y como dice Quincas: no hay nada imposible. ■

SERGIO RODRIGUES
En Salvador, Brasil

Tristeza de Bahía

Yo nunca fui a Bahía pero sueño entrar en ella. Hoy más aún, cuando despierto con tristezas de Bahía. Jorge Amado se entregó a los brazos de Iemanjá, la diosa de las aguas, el 6 de agosto. Hermana mía, así 89, puta la despedida de su cuerpo que se queda.

Porque quien en Bahía leía "Gabriela, cloro y canela" o "Mar Muerto", de seguro se lanzó a la sensibilidad de Sonia Braga en la Bahía de "Doña Flor y sus dos maridos", texto de Amado penosamente llevado a la pantalla por Bruno Barreto.

Amado no ha muerto. Jamás morirá. Seguirá vivo en mí, pescadores, prostitutas, los malos sencillos de Bahía y de otras regiones del Brasil, los explotados, la santería, la mezcla de religiones afrobrasileñas, olores y sabores, manjares deliciosos, los muertos en el mar, las misterias y bellezas del amor, la esperanza y dignidad de la pobreza, la fe, enfrentar juntos la adversidad cuando el dolor toca a la puerta con su pulso brutal.

Amado, nacido en 1912, vivió la mayor parte de su

vida en Bahía, escribió más de treinta libros, fue comunista, estuvo preso, fue diputado. En diferentes momentos hubo de partir al exilio, que lo recibió en Argentina, Uruguay, París y Praga. Viajó a la Unión Soviética, a Europa, a Asia. Desde 1936 abandonó el trabajo partidario y denunció las injusticias desde la literatura, como en "Cacáo", donde cuenta los abusos de los terratenientes en esas plantaciones.

La voz de Chico Buarque resaca en mis oídos con su "Oh qué será, qué será..." mientras Doña Flor intenta recuperar a través de la santería a su puto marido muerto, a quien faceta a cernecer todas las prostitutas de Bahía. Hasta que Flor encuentra ligero consuelo en el aburrido farmacéutico de pijama a rayas. "Doña Flor y sus dos maridos" es un homenaje sincero a la fábula burguesa, hasta dar a Doña Flor consuelo completo en ella y sobre todo en pie al recuperar al puto muerto y conservar a los dos hombres: hobbly y semi pagados en dura moneda, riéndose de morales y religiones.

"Mar Muerto", el libro que más quiso Amado, lo vivió en carne propia con sus gentes, los pescadores en alta mar, sus desgracias, sus mitos, su fe, la muerte, sus amores. El mar. El mar... algo me evoca a Chile. Claudio Frías y Ximena Carramóna llevaban Bahía a Valparaíso hace unos años; reconstruyeron uno de los cuentos de Amado en el cortometraje "La Procesión". El sabor que abandona su vida burguesa, mujer e hijo, y se lanza a vivir en las calles, los bardeles, los cafés del puerto. Su disco anécdota, que llegaba su hora, lanzó su cuerpo al mar. Muerto, se lo disputan burgueses y los de mala vida, hasta que avergonzados se retiran los primeros, y los segundos celebran una bacanal que termina a la amanecida con el muerto (Anibal Reyna) conducido en andas por los festejantes riendo y borrachos, lanzado amorosamente al mar. ¿Cuál el sueño de Jorge Amado, morir en los brazos de Iemanjá? ■

ISABEL LIPHTAY
Münster, Alemania

La única muerte de Jorge Amado [artículo] Sergio Rodrigues.

AUTORÍA

Rodríguez, Sergio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La única muerte de Jorge Amado [artículo] Sergio Rodrigues. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile